

El Concepto de la Realidad Social de México

Por el Dr. Manuel GAMIO.



Dr. Manuel Gamio,
eminente sociólogo.

SIEMPRE que en la prensa, en la tribuna o en la cátedra se alude a nuestra *realidad social*, nos preguntamos qué se pretende dar a entender con esa expresión, la que por lo demás también nosotros formulamos frecuentemente sin detenernos a pensar en su significación, pero como nunca es tarde para enderezar yerros, procuraremos hacerlo en estas líneas.

En ocasiones se afirma que quienes ignoran esa realidad no están capacitados para abordar juiciosamente temas relativos a la estructura o el funcionamiento de nuestra población, lo cual denota que sí hay personas que conocen aquella y en consecuencia, pueden disertar autorizadamente sobre dichos temas. También se dice que para conocer nuestra realidad es previamente necesario contar con preparación científica en materia social.

Creemos que en uno y otro caso se incurre en error, pues, *en primer lugar*, puede afirmarse rotundamente que nadie conoce la realidad social mexicana, es

decir apenas si son conocidos, y eso de manera restringida y fragmentaria, algunos de sus aspectos, lo que bajo ningún concepto autoriza a generalizar. *En segundo término*, no sólo es posible sino frecuente, que individuos ajenos a toda disciplina científica puedan conocer tales aspectos, y en veces más acertadamente que personas que tienen preparación universitaria. Vamos a fundar estos asertos, pero nos sería imposible hacerlo sin exponer antes qué concepto tenemos de lo que es la realidad social en nuestro medio.

Primero.—Creemos que la realidad social es el conjunto de hechos y fenómenos actuales y pretéritos que han caracterizado y caracterizan la estructura y el funcionamiento de nuestra población. También podría definírsele, aunque con más amplitud y perspectiva, como la integración de todos los hechos y fenómenos referentes a la evolución de la sociedad mexicana, considerada en sí misma y en sus relaciones con el ambiente geográfico.

En cuanto al conocimiento de esa realidad se puede asegurar sin temor a equivocarse, que en ningún país del mundo hay personas, ni siquiera los especialistas en ciencias sociales, que conozcan integralmente aquellos hechos y fenómenos. las relaciones que los ligan entre sí y las leyes a que están sujetos, pues de ser así, ya se habría alcanzado la ansiada meta que persigue la humanidad, y es la de conocerse a sí misma, condición previa para que pueda extirpar autorizada y definitivamente los obstáculos y deficiencias que siempre han dificultado su desarrollo normal.

En México, la realidad social excede en complejidad a la de otros países, no sólo porque la estructura de la población presenta excepcional heterogeneidad, sino también porque varios de los grupos que la integran han persistido hasta hoy en el mismo modo de ser y desarrollarse que tenían desde remotas épocas, lo que hace que nuestra evolución sea más confusa y difícil de analizar que la de otros pueblos. Es precisamente a causa de esas peculiares características, por lo que tiene que ser aún más limitado y superficial el conocimiento que tenemos sobre algunas fases de nuestra realidad social, que el que se posee respecto a otros pueblos más homogéneos y menos incrustados en el pasado.

Desde el punto de vista cronológico se observa que la población prehispánica es la la más ignorada, aunque no la menos interesante, ya que con sus tenaces persistencias origina, según dijimos arriba, serias complejidades en nuestro actual desarrollo.

Cuántos, cuáles y cómo eran los grupos sociales del México precolombiano, antecesores de los millones indígenas y mestizos de la actual población? Las tradiciones autóctonas y las crónicas coloniales hacen ascender su número a varias centenas, pero éste no alcanza siquiera a dos de ellas, si se atiende a los idiomas y dialectos con que los enumera y denomina la clasificación lingüística. Más

que la cantidad y la denominación nos interesa saber cómo eran su existencia material y su pensamiento, cómo los contactos entre unos y otros y cómo los afectaban las distintas modalidades bio-geográficas de las regiones en que vivieron. De muchos de esos grupos la ignorancia es absoluta y general. De algunos se cuenta con tan pocos e inconexos datos, que es como si nada se supiera de ellos; son los que en otra ocasión hemos propuesto clasificar como grupos de cultura no integrada, pues carecían de arquitectura, escritura jeroglífica, cronología, etc.; eran los considerados como primitivos por los grupos de cultura más avanzada, quienes les daban el nombre genérico de chichimecas, y comprendían a los antecesores de los actuales huicholes, tarahumares, tepehuanes y otros. Respecto a los grupos que en la misma clasificación denominamos de cultura integrada por poseer más numerosas y mejor elaboradas características que los primitivos, sólo conocemos a los mayas de Yucatán, los toltecas de Teotihuacán, los aztecas del Valle de México, y en aspectos más restringidos aún, a los zapotecas y mixtecas que dejaron vestigios en el Valle de Oaxaca, siendo fuentes de información las osamentas, vasijas, armas y demás objetos que nos legaron, y además, las tradiciones transmitidas a los españoles durante y después de la Conquista y recopiladas en las crónicas coloniales.

El conocimiento así obtenido respecto a tales grupos sólo da ligera idea de cómo era en ciertos aspectos su realidad social, pues habiendo desaparecido los individuos que los formaban, ya no existen ni funcionan, por lo tanto, dinámicamente los procesos mentales o ideas que regían su vida material e intelectual. En efecto, las contadas ideas estáticamente expuestas en tradiciones y crónicas unidas al citado material arqueológico, no son suficientes para poder reconstruir un panorama satisfactorio del pasado de esos grupos.

Debe advertirse que el escaso conocimiento que existe sobre mayas, aztecas, mixtecos y zapotecas, está distribuído entre diversos especialistas que tienen competencia en cuanto a una u otra de esas familias prehispánicas, pero no en todas ellas; más aún, creemos difícil que haya una persona que conozca todos los aspectos de una de ellas. Por ejemplo, respecto a los aztecas un arqueólogo es competente en su arquitectura, otro en su mitología y cronología, etc.

La causa principal por la que también es muy reducido y poco profundo el conocimiento de la realidad social que caracterizó a la población de la Colonia, consiste en que no se cuenta con los procesos mentales ya aludidos. Sin embargo, ese conocimiento es, o mejor dicho, puede ser más amplio porque aun cuando tampoco existen procesos mentales vivientes de esa época, las informaciones que suministran los documentos manuscritos e impresos, así como los objetos materiales de la Colonia, son incomparablemente más numerosos, extensos y variados que los de la época prehispánica. Desgraciadamente muy po-

cas de esas informaciones documentarias han sido analizadas e interpretadas de acuerdo con un método integral convergente, es decir, desde los diversos puntos de vista de las ciencias sociales. Una cosa es la exposición y la enumeración escueta de los hechos y fenómenos sociales acaecidos durante esos siglos, y otra el analizar, interpretar y valorizar la naturaleza y la acción de cada uno de ellos, las relaciones e interdependencias que los ligan y agrupan, las causas por las que se disgregan y aíslan; y por último, la potencialidad y trascendencia que entonces tenían y que se mostrarán activamente en posteriores períodos evolutivos.

Lo primero de lo cual bastante se ha hecho entre nosotros es propiamente labor de recopilación histórica, y lo segundo, de lo que muy poco se ha llevado a cabo, no obstante que reviste mucho mayor significación, es la investigación integral de esa recopilación histórica.

Consecuentemente necesitamos hacer más investigación para poder vislumbrar siquiera cómo fué la realidad social de la población en la Colonia.

Podría suponerse que el conocimiento de la realidad referente a la población contemporánea es muy satisfactorio, puesto que viven y actúan los grupos sociales que la constituyen, y por consiguiente, los procesos mentales que rigen su vida material y abstracta. En efecto, la realidad social en esta época es completa, ya que existen todas las entidades que constituyen a la sociedad, pero eso no implica que el conocimiento que de ella tenemos también lo sea, pues el número de investigaciones propiamente científicas que se han efectuado para conocerla es casi tan corto como el de los relativos a las poblaciones prehispánica y colonial, según procuraremos demostrar.

Comenzando por el aspecto étnico-biológico, vemos que se ignora cómo está constituida la población, pues no se sabe cuántos indios, mestizos y blancos la forman, lo que por lo demás no reviste trascendencia desde el punto de vista propiamente étnico, ya que en México no hay prejuicios raciales. En cambio, la ignorancia de carácter biológico es sensible y perjudicial porque afecta al bienestar físico de los habitantes, a su incremento demográfico, y en general a todas las actividades humanas que no pueden prosperar convenientemente si el desarrollo físico no es normal. ¿Cuál es el grado de adaptación y selección de nuestros grupos sociales en el medio geográfico? Sólo podemos suponer a priori, que probablemente los grupos que, como es el caso de los indígenas, han vivido durante miles de años en el territorio nacional, deben estar más adaptados y seleccionados que los de origen europeo, cuya permanencia máxima en México es de cuatro siglos, poseyendo por lo tanto, aquellas valiosas defensas y ventajas biológicas de que carecen los segundos.

¿Cuál es el tipo, o mejor dicho, cuáles son los tipos de desarrollo normal en nuestra población, es decir, aquellos a que, debemos aspirar, correspondan todos o la mayoría de los habitantes? No lo sabemos, porque no hemos hecho sino en insignificante proporción, y con metodología unilateral las conjuntas investigaciones antropológicas, fisiológicas, patológicas, psicológicas, etc., que podrían conducir a tal fin. Apenas si en estos últimos tiempos se han obtenido biotipos entre algunos centenares de indígenas.

Desde el punto de vista cultural, no sabemos cuáles y cómo son los niveles alto, medio e inferior de nuestros grupos sociales. Ignoramos cuántos de ellos están incorporados a la civilización indígena, cuántos a la occidental y cuántos a la mixta, pues sólo han sido hechos, que sepamos nosotros, tres o cuatro estudios a tal respecto, etc.

Se conoce con relativa amplitud la organización económica que priva en los centros urbanos, pero nada o muy poco se sabe de la autárquica cerrada que caracteriza a millones de personas en el campo y en los pueblos, y a la primitiva de centenares de miles de indígenas nómades.

Según el censo, en México se hablan, aparte del español, más de cien idiomas y dialectos, pero se desconoce la estructura gramatical y las características fonéticas de ellos o de casi todos ellos, pues es reducidísimo el número de los que han sido estudiados con métodos estrictamente científicos.

Respecto a procesos mentales se supone que hay una gran diferencia en el modo de pensar de los individuos que integran nuestros heterogéneos grupos sociales, pero creemos que lo primero que habrá que hacer a tal respecto, es investigar las características de tales procesos, para luego deducir sus diferencias, que, a no dudar, son las que a fondo traen consigo la divergencia y aun el antagonismo de tendencias y aspiraciones en dichos grupos.

Numerosas páginas podríamos agregar con otros muchos ejemplos relativos al desconocimiento que reina sobre la realidad social en México.

Con frecuencia se atribuye el desconocimiento de la realidad a deficiencias de la educación y a incompetencia en la cátedra, pero tales asertos son erróneos e injustificados, ya que como hemos dicho, la investigación debe ser la fuente para el conocimiento científico de la realidad, y el conocimiento a su vez debe ser la base de la enseñanza y la educación. Pero, ¿cómo conseguir esto en nuestro medio, donde la investigación social verdaderamente científica tiene el carácter de excepcional o esporádico fenómeno?

Sugerimos, pues, a quienes cultivan las ciencias sociales que procedan con la debida reserva al aludir al conocimiento de la realidad social, a fin de no transformar tal expresión en una muletilla de uso general, pero carente de significa-

ción. Procuren sí, por todos los medios sociales, que aumenten la cantidad y la calidad de las investigaciones científicas que gradualmente irán conduciendo hacia el mejor conocimiento de esa realidad.

Segundo.—Expresamos en un principio, y hoy repetimos, que desde ciertos puntos de vista las personas que carecen de preparación, pueden conocer la realidad social del grupo a que pertenecen tanto más que quienes las investigan profesionalmente, sobre todo si estas pertenecen a otros grupos, pues en tal caso su desconocimiento tiene por fuerza que ser mucho mayor. Por ejemplo un individuo inteligente y observador que pertenece a cualquier grupo campesino de bajo nivel cultural conoce hasta cierto límite la realidad social de ese grupo porque la está viviendo. Se aducirá que ese conocimiento es exclusivamente empírico, y en consecuencia, la interpretación que dicho individuo haga sobre los hechos y fenómenos que integran dicha realidad, podrá o no ser la que verdaderamente les corresponda, conclusión con la cual estamos de acuerdo. A su vez, a una persona preparada, supongamos un universitario especialista, se le considera apto para investigar los aspectos de ese grupo al que es ajeno, para hacer la correspondiente interpretación científica y llegar a una conclusión correcta sobre los hechos y fenómenos que ha considerado. En este caso ocurre replicar que la aptitud que se le atribuye por personas cultas de su mismo grupo, sería suficiente para investigar, y sobre todo, interpretar hechos y fenómenos sociales en este último, pero quizá no lo sea para conseguir iguales resultados en el otro grupo de cultura inferior o más bien, de cultura distinta. En efecto, sucede en ocasiones que la posesión de las disciplinas científicas obstaculiza la comprensión de los procesos mentales en grupos evolutivamente retrasados, si el pensamiento del investigador no se pone a tono, no desciende temporalmente cuando menos, hasta pensar como piensan los individuos en quienes observa aquellos procesos. Si no procede así, sus interpretaciones resultarían falseadas, y sus conclusiones artificiales, ya que habrá forzado dentro del marco rígido de los métodos de investigación, hechos y fenómenos identificados y clasificados con el criterio que se ha formado en el grupo a que pertenece y en el del grupo que estudia, es decir, se autosugestionará y los conceptuará como él cree que son y no como son en realidad. Esto ha sucedido a menudo cuando se han investigado procesos mentales de carácter ético, estético y religioso en nuestros grupos indígenas. Ahora bien, entre un fragmentario conocimiento pseudo-científico y un más amplio conocimiento empírico, preferimos este último.

No pretendemos, por supuesto, significar que se prescriba la metodología científica en las investigaciones de nuestros grupos retrasados, como son los indígenas, pues por el contrario, creemos que sin ellas nunca se llegará a conocer-

los satisfactoriamente. Nos concretamos a sugerir, que antes de abordar estudios definitivos sobre tales grupos, los investigadores se familiaricen ampliamente con la manera de pensar de los individuos que los forman, forzándose a pensar como ellos mientras los están observando. Logrado esto, se podrá emprender con éxito la investigación definitiva, para lo cual primero se hará la enumeración e interpretación de los hechos y fenómenos del grupo con el criterio empírico con que los componentes de éste lo harían. En seguida, se procede a lo que puede denominarse trabajo de gabinete, y consiste en reincorporarse al criterio de carácter científico para poder reconsiderar y reinterpretar esos hechos y fenómenos de acuerdo con la técnica y la metodología de las ciencias sociales.

